

insolente orgullo y á castigar su osadía. Dispensaré á todas las opiniones la protección que de justicia se les debe; pero al mismo tiempo seré firme en reprimir las aspiraciones del desorden. El Gobierno, superior en fuerza física y moral al corto número de facciosos asalariados por el gabinete español, que pretende darnos por rey á Francisco de Paula, perseguirá todos sus pasos, penetrará en sus tenebrosos consejos, asistirá en sus más secretas reuniones, descubrirá sus más ocultos misterios, y hará caer sobre los conspiradores la espada vengadora de la justicia. Los extraviados de buena fe hallarán siempre benignidad y clemencia; los ciudadanos pacíficos, tendrán seguridad y protección; pero los protervós, los obstinados, no esperen encontrar sino el castigo.

México, Junio 3 de 1833.—*Valentín Gómez Farías.*

#### EL VICEPRESIDENTE DE LA REPUBLICA, A SUS CONCIUDADANOS.

Os anuncio, mexicanos, una maldad digna sólo de los que compraron la cabeza ilustre del General Guerrero. El Presidente de la República ha sido preso en Juchi por los mismos traidores que para lisonjear al Ejército lo proclamaban Dictador. Lo mantienen con centinela de vista en el pueblo de Yautepec. Atentado tan horrible será castigado ejemplarmente por la Nación, la que no puede olvidar el mérito y la gloria del vencedor de los españoles. Acabóse la seducción que se pretendía escudar con ese nombre ilustre. Los buenos soldados de la Patria y todos los mexicanos, se armarán para el castigo de delito tan execrable. Así han correspondido á la magnanimidad del Héroe de Tampico. No pueden, no, darse treguas á los opresores de la Patria. ¡Guárdense los infames de atentar contra la vida del Presidente! Yo les juro que se les volverá sangre por sangre, y que el escarmiento será del tamaño del crimen.

¡Mexicanos! Tenemos Constitución, poderes designados por ella, valor y firmeza para sostener nuestros derechos y vengar los agravios nacionales.

México, 7 de Junio de 1833.—*Valentín Gómez Farías.*

#### LOS REPRESENTANTES DE LA NACION MEXICANA A SUS CONCIUDADANOS.

Mexicanos: en los momentos de mayor peligro no hemos abandonado los puestos á que la voluntad nacional nos ha elevado. La calumnia nos ha hecho el blanco de sus tiros; cuando raye la aurora de la paz vuestros representantes confundirán á sus calumniadores. La Nación les hará justicia, el pueblo conocerá que no traicionaron jamás á sus intereses los que vinieron al santuario de las leyes sólo á manifestar la voluntad soberana de la República de que son intérpretes.

Compatriotas: se os ha dicho que vuestros representantes querían destruir la religión de Jesucristo. Los infames han echado mano de la calumnia que ninguna religión condena tanto como el mismo cristianismo. Los sentimientos religiosos están grabados en vuestros corazones por la mano del mismo Dios. ¿Quién tendría suficiente poder para

destruirlos? El cristianismo predica la obediencia á los gobiernos, la sumisión á las leyes; reprime todas las pasiones, condena todos los vicios que inficionan el orden social, aconseja la caridad y el amor mutuo de todos los hombres; proclama, en fin, la paz y el sacrificio de todas las venganzas, de todos los resentimientos que pueden perturbar la concordia entre los hombres. No son, pues, tan necios vuestros legisladores para atacar una religión que es el más firme apoyo del orden social y que robustece con una sanción divina todas las leyes dirigidas á mejorar la suerte de los pueblos.

Se ha dicho que el Congreso general había atacado los fueros concedidos por la Constitución; los que han inventado esta calumnia no manifestarán jamás una sola ley ó decreto por el que se haya sujetado á los militares ó eclesiásticos á otros jueces que los á que están sometidos según sus fueros.

Mexicanos: vuestros legisladores han arrancado de las manos de un hijo de Cortés las grandes riquezas que aquel feroz conquistador se había usurpado; estos caudales se han dedicado á mejorar la condición de los indios desdichados. Vuestros representantes han economizado los gastos públicos que se hacían en los sueldos de los cesantes españoles. Estas y otras providencias dirigidas á aliviar al pueblo del gravamen de las contribuciones, es lo que ha motivado el odio implacable de los españoles contra los representantes de la República; sabían muy bien que muchos de ellos habrían sido expulsos para que cesasen de obrar en combinación de su gobierno que de nuevo prepara una reconquista de vuestra patria. Sí, mexicanos: los españoles han atizado la discordia, han fomentado la guerra civil con sus caudales. El ilustre vencedor de Tampico ha sido preso, y para oprobio eterno de los traidores, son españoles los que tienen á su cargo la vida ilustre del guerrero que humilló en el Pánuco las huestes de la España.

Espanoles, españoles ingratos á la hospitalidad y á los beneficios que los mexicanos os han prodigado tanto tiempo: os juramos como representantes de ese mismo pueblo en cuyas discordias os complacéis, que todas vuestras personas responderán de la inviolable persona del General Santa Anna: que todas vuestras vidas no serán bastante sacrificio para castigar cualquier atentado que contra el libertador pudiera cometerse.

Mexicanos: Uníos al Gobierno; evitad con vuestro valor, con vuestro patriotismo, que los que asesinaron al General Guerrero, derramen la sangre del héroe de la patria que tantas veces expuso su vida para salvarla.

¡Pueblos! Cuando la paz se restablezca, veréis cuánto pueden hacer en beneficio vuestro aquéllos en quienes depositásteis vuestra confianza.

México, Junio 8 de 1833.—*José de Jesús Huerta*, Presidente de la Cámara de Diputados.—*Joaquín Vargas*, Presidente de la Cámara de Senadores.

#### MANIFIESTO DEL VICEPRESIDENTE DE LA REPUBLICA A SUS COMPATRIOTAS.

Mexicanos: vuestro Gobierno ha cuidado de instruiros, conforme han ido sobreviniendo, de los importantes acontecimientos que en estos últimos días han turbado la paz de la República. Ha llamado principalmente vuestra atención sobre el horroroso atentado, sin igual en los anales del crimen, que privó la libertad al héroe insigne que la unanimidad de vuestros sufragios colocó al frente de los negocios; y aunque en la con-

sumación de esta execrable trama os ha dejado entrever la influencia secreta de los antiguos opresores de la patria, hoy cree conveniente poner de manifiesto una verdad, á cuya convicción concurren igualmente hechos irrecusables y razonamientos sin réplica. No es ya la cuestión que se ventila en el día de las personas ó partidos que han de ejercer el poder público; se trata de la conservación ó pérdida de la independencia, y á la vista de este grande interés, amenazado y abiertamente combatido por los medios al alcance de todos, el instinto de la propia conservación y el sentimiento de la dignidad nacional, bastan para reunir todos nuestros esfuerzos. La seducción, que hasta ahora ha podido excusarse con la ignorancia del verdadero objeto á que se dirige, aparecerá en adelante como el crimen más imperdonable, si los que han sido sus incautas víctimas, creyendo servir á la patria, no vuelven atrás, convencidos de que sólo se trata de restituirla al poder tiránico de la caduca España.

El dominio que esta Nación tuvo por tanto tiempo sobre nosotros, y que le daba en Europa la consideración política de que nuestra feliz emancipación la ha privado para siempre, no se apoyaba tanto en la fuerza material de sus ejércitos, cuanto en los hábitos y preocupaciones que la conquista hizo nacer, y perpetuó un régimen bien combinado de Gobierno colonial, encaminado á viciar todas las ideas y pervertir todos los sentimientos que infunden en el hombre la conciencia de su dignidad. Estas cosas que el tiempo y la propagación de las luces fueron lentamente minando, no estaban destruídas del todo, cuando el triunfo de la independencia en ochocientos veintiuno coronó la sangrienta lucha comenzada once años antes en el pueblo de Dolores: la victoria decisiva del Ejército trigarante, que tuvo por resultado la ocupación de la capital, si bien dejó paralizados los últimos restos del Poder Virreinal, no pudo extinguir el deseo de dominación que ardía en los corazones de los españoles, auxiliados por un corto número de hombres incapaces de avenirse en el nuevo orden de cosas, y de concebir cómo podían ser algo en su patria sin depender de España y recibir de ella la consideración que por sus propios merecimientos no estaban en estado de adquirir. Este partido, aliado natural del Gobierno de Madrid, y el instrumento más propio con que contaba para recobrar lo que la fuerza de la razón y de las armas le habían hecho perder, es el que ha mantenido la guerra contra la República, derribando sucesivamente todos los apoyos que se han presentado para sostenerla. Él derramó en un afrentoso patíbulo la ilustre sangre del caudillo de Iguala: él contrarió con todo su poder el sistema de gobierno que nos rige: él brindó con la corona de México á una rama bastarda de la familia de Borbón: él, organizado en un Congreso compuesto casi todo de sus partidarios, nombró comisionados de su seno para ofrecer aquel presente al soberano de su elección: él, cuando ya no tuvo influencia legal en nuestras deliberaciones, excitó á la sublevación de Tulancingo y las disensiones que se le siguieron: él, reprimido por la fuerza preponderante del Gobierno y el imperio incontrastable de la opinión, aunque nunca escarmentado por sus derrotas, logró el cambio ventajoso de Jalapa, donde so color de Constitución y Leyes, echó los cimientos más sólidos de la reconquista, creando autoridades de su devoción, poniendo los Ministerios en manos de los agentes conocidos de España, y disponiendo todas las cosas con tal astucia y sagacidad, que sólo por una especie de milagro pudo la Nación libertarse de los lazos que tan artificiosamente se le habían tendido: él desterró al Presidente legítimo para poner en su lugar un jefe no llamado por la Constitución, al mismo tiempo que franqueaba la entrada de la República á enjambres de españoles que de nuevo se introducían entre nosotros sin pasaporte ni formalidad alguna

legal: él, por medio de estas maniobras que el tiempo no tardó en descubrir, quiso reparar el descalabro que acababa de sufrir en Tampico, donde las huestes que habían acudido á su llamado, según expresaban las instrucciones dadas al General Barradas, fueron deshechas á esfuerzos del caudillo de Zempoala: él promovió la guerra del Sur para deshacerse por un lado de los más esclarecidos patriotas, y crearse por otro hechuras que sirviesen de apoyo á sus designios ulteriores: él inundó en lágrimas y cubrió de luto á la Nación durante el período de aquella guerra bárbara, y la terminó, por último, ó por mejor decir, la encendió con más furor por medio de una de aquellas acciones destinadas á escandalizar á todos los siglos, y cuyo error se difundió por todos los ángulos de la tierra: él, cada vez más animado por algún éxito de sus primeras tentativas, acabó en los últimos días de su sangrienta dominación por arrojar la transparente máscara con que hasta entonces había ocultado sus miras, dando asilo á los enemigos dorrotados en el Pánuco; abriendo las puertas de la República á todos los emisarios de España; acogiendo y condecorando á los que nuestras leyes habían expulsado; estableciendo relaciones públicas y solemnes con todos los puntos de la península, por medio de una ley que permitía con ellos el comercio de libros, para que extendida luego esta concesión á todos los demás artículos, se preparase el pueblo á recibir las cadenas que aquí mismo se le forjaban: él entabló relaciones diplomáticas con la Corte de Roma, no obstante sus protestas formales de no reconocer nuestra independencia: él admitió por Obispos á los que se nombraron de acuerdo con el Rey de España: él vendió así los intereses de la República á las miras tortuosas de los curiales romanos; y cuando por esta serie de crímenes parecía ya colmada la medida de sus deseos, todavía se reservaba otros como para justificar los que deshonraron á los Corteses, á los Venegas y á los Callejas.

La Nación, tan vilmente engañada en la farsa de Jalapa, corrió indignada á las armas para vindicar sus derechos ultrajados. A la voz de la heroica guarnición de Veracruz, que pedía la separación de los indignos ministros que nos vendían, acudió el pueblo de todos los Estados, apoyando en hechos incontrastables la justicia de una petición que evitaba la ruina de la patria. Mas las autoridades que violentamente habían usurpado su representación, lejos de prestarse á la equidad y urgencia de la demanda, acumularon todo género de obstáculos para frustrarla. El estrépito del cañón anunció á la República lo que debía esperar de sus espurios representantes: afectando un respeto supersticioso á la misma Constitución que aspiraba á destruir, no sólo apadrinaron los crímenes de los ministros, autores principales de todos nuestros males, sino que añadiendo la burla más insultante á la injusticia más atroz, proclamaban expeditas las vías legales para acusarlos, al mismo tiempo que las tenían obstruidas por las medidas de terror que adoptaron para acallar el clamor público. Ya se había dado el escandaloso espectáculo de la persecución en los representantes del pueblo que habían usado de aquel derecho en cumplimiento de sus sagrados deberes: la imprenta gemía bajo la opresión de los inmorales satélites que de mano armada se introducían en las oficinas, ó maltrataban en la mitad del día y en los parajes más concurridos á los ciertos ó supuestos autores: se discutían leyes para castigar como sediciosos, es decir, con la pena del último suplicio, á los que no tomasen en sus escritos el tono de la facción opresora: la violación de la buena fe respetada aun entre los bárbaros, se remuneraba con premios pecuniarios en los que descubrían á los verdaderos autores de las producciones que se habían convenido en firmar; se entregaban estos autores en manos de comisiones militares para ser juzgados al placer de los que las habían nombrado. Al mismo tiempo corría la

sangre en los campos y en los patíbulos, sin que los llamados representantes del pueblo levantásen la voz para pedir cuenta de tantos excesos. Y en tales circunstancias se preconizaba la inocencia de los ministros, porque no presentaban acusadores de sus delitos. ¿Puede llevarse á más alto punto el ultraje de un pueblo y el desprecio de la razón pública? No recordemos la más insultante irrisión con que se denominaban leyes de amnistía las sentencias fulminadas en el santuario de la Representación Nacional contra los fieles servidores de la Patria. A los destierros, á las confinaciones indefinidas, propuestas por el Ministro-Alamán y acordadas por sus cómplices y sectarios, se daba el irritante nombre de medidas de pacificación, como si la esencia de las cosas pudiera variarse con la misma facilidad que sus denominaciones.

Tantos atentados y crímenes encendieron más y más el fuego sagrado de la guerra; y no obstante que para apagarlo se emplearon todos los recursos del Estado, la inmoralidad del Gobierno acudió para aumentarlos á sus medios favoritos de traición, ofreciendo premios al asesinato del primer caudillo, y tentando la fidelidad del comandante de Ulúa con promesas de oro y honores, que aquel honrado militar rechazó con indignación. Los triunfos efímeros de Tolome y el Gallinero aceleraron la ruina de los traidores; y cuando reducidos al último extremo debieron su existencia y consideración política, á la generosidad del libertador, que les concedió en el convenio de Zavaleta más de lo que su audacia se hubiera atrevido á pedir, se prepararon á pagar este señalado beneficio con la execrable felonía que hace ya inevitable su escarmiento y su exterminio. Ligados por los vínculos más sagrados á la obediencia y fidelidad al Magistrado Supremo que la Nación toda eligió para gobernarla, supieron atraerle á sus redes, abusando de su candor y excesiva confianza; y al mismo tiempo que para extraviar la opinión del pueblo cuidaron de proclamar á su general dictador ó jefe supremo de su detestable empresa, se apoderaron traidoramente de su persona desde el punto que se desengañaron de que no admitía otro poder que el derivado por las leyes.

¡Mexicanos! Si con tanta justicia nos gloriamos de fieles á nuestras leyes y amantes de nuestras instituciones populares, he aquí la mejor ocasión de acreditarlo. Las bases más sagradas de nuestro sistema han sido atacadas en la persona del Presidente; la majestad del pueblo se ve ultrajada en los procedimientos horribles que le han privado de la libertad. Nuestra existencia misma está amenazada, porque tan enormes crímenes no se cometen sin grandes impulsos y sin intereses muy avanzados. Estos son los de volvernos á la servidumbre antigua, y restablecer con más rigor el imperio de España, incompatible con la existencia del que humilló su orgullo y desconcertó los cálculos de sus agentes en las orillas del Pánuco. Unámonos, pues, en la defensa de la causa más justa en que pueden verse empeñados el honor y dignidad de un gran pueblo, si no queremos ser borrados para siempre de la lista de las naciones.

México, Junio 12 de 1833.— *Valentín Gómez Farías.*

~~~~~

**MANIFIESTO DEL PRESIDENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS MEXICANOS,  
A SUS CONCIUDADANOS.**

Poco más há de un mes que, violentando mis naturales inclinaciones, tomé sobre mis hombros el grave peso de la Administración pública; y en tan corto tiempo se han

atropellado los sucesos, y desarrolládose extensas maquinaciones contra la patria. Aunque al separarme de mi retiro preveía que, no calmada la agitación de los espíritus, era posible y fácil que volvieresen á encenderse los combustibles que una larga serie de reacciones ha acumulado en nuestro país, me lisonjeaba de que el escarmiento de los inmensos males de la guerra civil, llegara á poner de acuerdo á todos los mexicanos sobre las conveniencias de la paz. Había formado la resolución de interponer la autoridad suprema que se me había confiado, entre los partidos beligerantes, oír sus quejas, erigirme en árbitro pacífico de sus desavenencias y obrar para con todos con absoluta imparcialidad, dispensarles justicia conforme á las leyes, y hacer triunfar los principios salvadores de la sociedad. Con estas intenciones, con la preferente de procurar que la libertad se afianzase en el orden público, formé un plan administrativo cuya base era el olvido de lo pasado hasta aquí, la regularidad en todas las operaciones, indulgencia para con los errores, moderación en todos los actos del Gobierno, firmeza y dignidad en ellos. Ofrecí mi palabra como una garantía, y esta promesa debió inspirar confianza, porque nunca he mentado á mis compatriotas, porque había llegado á un puesto de sublime honor en el que no existe medio entre el oprobio y la virtud.

En los pocos días de mi gobierno, en que se permitió al pueblo los beneficios del reposo, cuidé de realizar las esperanzas que los buenos mexicanos habían concebido, y de que ni un solo hecho se marcara con la nota de prevención ó encono. Jamás ha existido un Gobierno más tolerante ni más conciliador que el creado por el triunfo del pueblo y su libre voluntad en Abril del presente año. El abuso, sin embargo, de una generosidad que no ha conocido límites, revela, muy á pesar mío, que no puede haber paz con los que no quieren paz, y que solamente una inflexible severidad es bastante para escarmentar á los que proyectan el exterminio de la grande nación que los sufre por desgracia en su seno.

Diestros algunos hombres en el manejo de la intriga, sin otras esperanzas que las del desorden, enemigos implacables de la existencia nacional, vengativos por sistema, anarquistas por cálculo y por despecho, se sirven con incansable astucia de todos los elementos de desunión que las circunstancias ponen á su arbitrio. Aun no apagado el fuego de la discordia, fresca la memoria de agravios recíprocos y de esperanzas burladas, consiguieron, sin grandes esfuerzos, renovar la lucha, esa lucha que se presenta y se provoca en los momentos más felices para establecer la mutua concordia y benevolencia. Conocedores profundos de los resortes que pueden extraviar la opinión y conmover los ánimos, los manejan á su antojo, y seducen al pueblo hasta el punto de lograr sacrificarlo por su misma mano.

No se oculta á los que meditan acerca de tantos extravíos, que existen desde que se conquistó la independencia no solamente conatos para destruirlo, también conjuraciones abiertas, y un sistema combinado de iniquidad y de perfidia para cansar al pueblo de la anarquía, y someterlo con facilidad á un tirano. Apenas se vencen unos riesgos cuando ocurren otros. Maravilloso es que la Nación se haya sobrepuesto á ese cúmulo de dificultades, y que aun conserva vigor para superarlas todas.

Estas tristes verdades se acaban de manifestar en la revolución que comenzó en Morelia, y que se ha propagado á algunos otros puntos sin verdaderos motivos. La conjuración ha tenido por apoyo el candor del pueblo, por motores á los enemigos de todo sistema razonable de gobierno y de la prosperidad de esta Nación, tan merecedora de otra suerte. Hoy se invoca un pretexto; mañana se apellidará otro, con tal que reine la